

LA ESTIGMATIZACIÓN DEL INMIGRANTE. XENOFOBIA LITERARIA A FINALES DEL SIGLO XIX EN ARGENTINA

LAURA OLIVA GERSTNER

Resumen

En las últimas décadas del siglo XIX comienzan a plantearse en Argentina algunas paradojas vinculadas a la emergencia de un nuevo sujeto en la vida pública de las grandes ciudades: el inmigrante de clase obrera que habitaba y desarrollaba sus actividades de subsistencia en contextos de gran precariedad. Se asiste, a nuestro entender, a una "disputa cultural de la Argentina" con marcadas connotaciones de clase, y la cual se hace explícita, entre otros medios de expresión, a través de la literatura y la prensa, medios reservados casi exclusivamente a las clases letradas por la circulación y autoría de las obras. Esta disputa cultural, como la hemos llamado, se hará manifiesta a través de discursos múltiples, y cobrará fuerza argumentativa en debates políticos sobre la educación, la nacionalización, las costumbres, la lengua. Varios de estos aspectos serían recogidos en la literatura del momento por diversos autores en las décadas finales del siglo XIX, con un tono marcadamente discriminatorio hacia el extranjero desde perspectivas psico-biologicistas y de clase, dejando entrever valores que nos han llevado a caracterizar el fenómeno como "xenofobia literaria".

Palabras clave

Argentina, siglo XIX, inmigrante, literatura, xenofobia, estigmatización

Abstract

In the last decades of the Nineteenth century in Argentina some paradoxes related to the emergence of a new subject in the public life of the big cities began to consider: those about the working-class immigrant who lived and developed their subsistence activities in precarious contexts. It was, in our opinion, a "cultural dispute for the Argentina" with strong connotations of class, which became explicit, among other means of expression, through literature and the press, both media reserved by the moment almost exclusively to the illustrated classes by the circulation and authorship of the works. This cultural dispute, as we call it, was made manifest through multiple speeches and gained argumentative force in political debates on education, nationalization, customs, language. Several of these aspects would be

La estigmatización del inmigrante

picked up in the coontemporary literature by several authors in a discriminatory tone from psycho-biology and classist perspectives, suggesting values that have led us to characterize the phenomenon as "literary xenophobia".

Key words

Argentina, Nineteenth century, immigrant, literature, xenophobia, stigmatization

Laura Oliva Gerstner es licenciada en Antropología por la Universidad Nacional de Rosario, República Argentina (2001), Profesora de secundaria en la especialidad Ciencias Sociales (2009) y Doctora en Geografía Humana (2012), ambos títulos obtenidos en la Universidad de Barcelona. Sus tareas principales han sido la docencia e investigación en universidades e instituciones no gubernamentales y organismos públicos de Argentina, Uruguay y España. Entre sus últimos trabajos se cuentan: "Guerra, fronteras y civilización. La construcción ideológica de los enfrentamientos en el Río de la Plata durante el siglo XIX", en Dalla Corte-Caballero, Gabriela (coord.). Estado, Nación e historia en el Bicentenario de la Independencia del Paraguay. Asunción, Intercontinental Editora, 2012; así como "El alojamiento de inmigrantes en el Río de la Plata, siglos XIX y XX: planificación estatal y redes sociales", Revista Biblio3W, Universitat de Barcelona, 2008.

*A mitad de camino entre el "otro" celestialmente remoto
y el "otro" próximo y predecible, hay una tercera categoría
que despierta un tipo de emoción totalmente distinta.
Se trata del "otro" que estando próximo es incierto.
Todo aquello que está en mi entorno inmediato y fuera de mi control
se convierte inmediatamente en un germen de temor.*

Edmund Leach. *Un mundo en explosión*.
Barcelona, Editorial Anagrama, 1967.

Introducción

A lo largo del siglo XIX emergieron y se desarrollaron ideas sobre el sujeto argentino que se plasmaron en la política nacional de maneras múltiples. Desde la inquietud por pensar al "indio" (registrada ya durante en la colonia española), hasta la certeza de decidir su exterminio por representar la barbarie, pasaron al menos cien años. Es claro que no hubo preguntas sobre el sujeto en los términos que podemos pensar hoy, porque la condición de tal fue configurándose en relación a la "argentinidad" de manera permanente a lo largo de todo el siglo XIX, ya fuera para definirlo como "no ilustrado" (en las décadas de la emancipación), como "bárbaro" (en la época de Rosas), como "habitante" a partir de constitución de 1853, y como "ciudadano deseable" desde finales de siglo e inicios del siglo XX. Estas ideas se inscribieron en campos de enunciación también múltiples, signando de manera directa el quehacer político y administrativo a través de acciones concretas, configurando un proyecto de nación que concibió al territorio como un desierto a poblar y civilizar, desplazando, aniquilando y sometiendo a las poblaciones originarias para dar lugar a la llegada de la inmigración europea, imaginada portadora de valores que garantizarían la gobernabilidad y el progreso.

En los inicios de su conformación Argentina fue objeto de una disputa político-territorial, y en el momento de su consolidación como Estado-nación, fue objeto de una disputa cultural. En este proceso, la "condición de humanidad" de determinada parte de la población fue redefiniéndose acorde a las nuevas realidades sociales, y si bien no se abandonarían aún por mucho tiempo las ideas positivistas y europeizantes que habían regido el pensamiento político, los cambios en la morfología social derivaron en la invención de "nuevos límites", como aquéllos que se establecieron mediante la legislación a los habitantes del país que habían devenido en "indeseables", como consecuencia de la cuestión social. Las clases dominantes

La estigmatización del inmigrante

hegemonizaron los campos de enunciación de estos valores, y en este trabajo queremos ocuparnos de uno en particular: la literatura naturalista y de ficción con características autobiográficas de las últimas dos décadas del siglo XIX.

1. El estigma de ser italiano o el problema del “otro” en las letras argentinas

La realidad sociocultural argentina a partir de la década de 1880 era, como ya comentamos, el resultado de un proceso complejo que había sido propiciado por las políticas inmigratorias iniciadas oficialmente en las dos décadas anteriores. Si bien en diferentes momentos del siglo XIX se registraron legislaciones sobre el tema inmigratorio y la cuestión extranjera en general (de la cual no excluimos la afluencia de capitales foráneos a la Argentina), el mismo sería planificado a nivel estatal de manera sistemática a partir de la unificación argentina posterior a 1861, pero con especial énfasis desde la sanción de leyes pertinentes en la década de 1870.

Además de los ámbitos como el político, legislativo, educativo y científico, el tema (o “problema”) de la llegada masiva de extranjeros al país se hacía presente en otros de mayor difusión popular, como la prensa o la literatura y las artes. Hay que aclarar, sin embargo, que dadas las características de la población que a finales de siglo configuraba la Argentina, no podía hablarse de un acceso generalizado a obras artísticas o literarias, que continuaban siendo patrimonio de las clases más acomodadas. La misma situación podía constatarse contemporáneamente en España, hecho que analizan Almudena Mejías y Alicia Arias en su artículo sobre la difusión de la literatura a través de la prensa del siglo XIX. Las autoras indican que, si bien el extendido analfabetismo de la época dificultaba la circulación de las letras en el espectro más amplio de la sociedad, la existencia de revistas culturales que incluían tanto autores europeos como hispanoamericanos contribuyeron de manera significativa a la difusión de la literatura, en general.¹

De todas maneras, la publicación diaria o semanal de algunas obras en la prensa, o bajo el formato de folletines, habría favorecido la extensión de algunas de esas expresiones a sectores más amplios que aquéllos desde donde dichas obras eran generadas. No olvidemos el alcance de la obra *Martín Fierro* de José Hernández, que a finales de la década de 1870 había sido publicada de esta manera.

¹ Almudena Mejías Alonso y Alicia Arias Coello. “La prensa del siglo XIX como medio de difusión de la literatura hispanoamericana”, en *Revista General de Información y Documentación*, Vol. 8, Nº 2, ISSN: 1132-1873, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1998, p. 246 y siguientes.

El debate entre “nacionalidad y cosmopolitismo” adquiere, como mencionamos al inicio, nuevos visos en la transición al siglo XX. A partir del arribo masivo de inmigrantes a la Argentina desde tres décadas atrás, la preocupación por su inserción había llevado a implementar desde el ámbito estatal importantes dispositivos de acogida; pero, por fuera de las implicaciones del Estado, subyacía la realidad cotidiana de miles de trabajadores extranjeros sin instrucción, desconocedores de la lengua, que se hacinaban en viviendas colectivas o “conventillos” y permanecían indiferentes a la posibilidad de nacionalizarse argentinos. Si bien no es el propósito realizar aquí un análisis particularizado sobre los inmigrantes italianos, sí nos interesa señalar de qué manera el estigma aplicado a los inmigrantes pobres se construía en general –y en las novelas de ficción a las que haremos referencia- con protagonistas de dicha nacionalidad. La hipótesis principal es que el racismo emergente en estas obras literarias no representaba otra cosa que la continuación – o una variante- del que había sido expresado en las décadas anteriores hacia el “otro” cultural que habitaba el territorio, fuera éste el gaucho, el indio o el negro. El problema de la otredad tomaba nuevas formas y direcciones, pero su ámbito de enunciación continuaba siendo el mismo.

Diversas obras literarias producidas a partir de 1880 recogían percepciones, y, en muchos casos, expresaban una aversión directa sobre el inmigrante, permeadas también por ideas científicas que eran introducidas tanto en las presentaciones o prólogos a las obras, como en los propios textos. Es una característica recurrente, en las obras que citamos en este análisis, la proliferación de taxonomías e ideas evolucionistas conjugadas con valoraciones de clase. Este tipo de formulaciones en el ámbito intelectual y literario fueron comunes a casi todos los países latinoamericanos. Un importante estudio sobre sus implicaciones en México lo constituye, la tesis doctoral de 1997 de Héctor Mendoza, titulada *Ciencia, Estado y Burocracia en el México independiente: la biografía científica del ingeniero geógrafo Francisco Díaz Covarrubias 1833-1889*, leída en el Departamento de Geografía Humana de la Universitat de Barcelona.

También mencionamos la referencia, para comenzar, de una “inmigración inferior”, dentro de la cual el “sentido común” que los mismos autores pretendían invocar, situaba a los inmigrantes procedentes de España e Italia. Juan Antonio Argerich, en el prólogo que hizo a su obra, titulada “*¿Inocentes o culpables?*”,² en la cual tomaba una posición decididamente crítica sobre la realidad cultural argentina como consecuencia de la inmigración mediterránea. Para Argerich el problema de la población debía resolverse “dentro de nuestros límites territoriales y no “con pasajes pagos a los inmigrantes”.

2 En adelante utilizamos Juan Antonio Argerich. *¿Inocentes o culpables?* Primera edición, Buenos Aires: Imprenta del Courier de la Plata, 1884.

La estigmatización del inmigrante

Tengamos en cuenta que Juan Antonio Argerich pertenecía a una familia acomodada porteña vinculada durante varias generaciones al ejercicio de la medicina y a la vida política. En su prólogo afirmó:

“Me opongo franca y decididamente a la inmigración inferior europea, que reputo desastrosa para los destinos a que legítimamente puede y debe aspirar la República Argentina; y no es sin pena que he leído la idea del primer magistrado de la Nación consignada en su último Mensaje al Congreso de costear el viaje a los inmigrantes que lo solicitaren. Conceptúo esto como un gran error económico, del cual participan muchos pensadores argentinos”.

Argerich no sólo cuestionaba la promoción estatal de la inmigración, sino que refutaba los supuestos impactos positivos de la misma a nivel demográfico que tiempo atrás habían sido uno de los argumentos principales para poblar el territorio y modernizar la nación:

“La población obedece a leyes físicas de un rigor matemático, y busca su nivel con las necesidades que demanda el organismo y aquellas que surgen de las costumbres públicas y privadas, haciendo el hábito que sean tan imperiosas unas como otras. La intromisión de una masa considerable de inmigrantes, cada año, trae perturbaciones y desequilibra la marcha regular de la sociedad -y en mi opinión no se consigue el resultado deseado-, esto es, que se fusionen estos elementos y que se aumente la población”.

El autor no deja de mencionar otro de los argumentos preferidos del positivismo nacional: la influencia del medio, respecto de la cual afirmaba que era “un hecho de todo rigor científico, que la población, cuando el medio le es favorable, puede duplicarse bien fácilmente cada década”; a la vez señalaba como obstáculo para que el aumento poblacional se llevara a cabo “la desventaja de entorpecer una marcha regular con una masa de población heterogénea cada año”. La “ingratitude” del inmigrante que acusa en el texto alude al hecho de que un reducido porcentaje de inmigrantes arribados al país demandaran la nacionalidad argentina, razón por la cual permanecían excluidos de toda decisión en el ámbito político y no podían ejercer el derecho al sufragio. Mediante la Ley sancionada en 1912 durante el gobierno de Roque Sáenz Peña, se otorgaba el derecho al sufragio a los hombres argentinos o naturalizados mayores de 18 años de edad. De todas maneras intuimos, a partir de sus valoraciones, que la posición de Argerich sobre una mayor participación política del inmigrante distaba bastante de otras opiniones de la época, las cuales veían en el derecho

al sufragio universal una herramienta más de integración. Sobre este punto volveremos al final de este trabajo.

Argerich prefería interpretar la realidad y sugerir soluciones en clave biológica, cuando decía: "recién seremos verdaderamente una nación constituida cuando las madres argentinas den ciudadanos argentinos en las cantidades requeridas por la demanda". La novela *¿Inocentes o culpables?* trata a modo de ficción naturalista la realidad de un inmigrante italiano (José Dagiore), quien había llegado al país como tantos otros compatriotas y se procuraba la sobrevivencia aceptando cualquier trabajo, viviendo y alimentándose con la más absoluta austeridad. Traza la personalidad de su personaje en detalle, situando su realidad en relación a otras del momento. El italiano Dagiore, en la novela de Argerich, tenía pocas necesidades como todos los inmigrantes "rústicos", en palabras del autor, pero se topaba con dificultades de distinto orden para insertarse adecuadamente. En su capítulo uno de la obra sostuvo:

"José Dagiore encontró dificultades en los primeros tiempos de su llegada al país. Al salir del Hotel de Inmigrantes se juntó con una manada de compañeros que seguían la vía pública por mitad de la calle. Había hecho relación con estos sus paisanos y todos a la vez buscaban trabajo. Mientras, se arreglaron en un conventillo, manteniéndose a pan y agua. A los pocos días se le proporcionó una colocación en el campo como peón para zanjear: no aceptó por lo que había oído de los indios -y apremiándole las circunstancias salió un día del conventillo con un cajón de lustrador de botas, y fue a situarse a una plaza pública".

Los hoteles de inmigrantes, como aquél donde había habitado temporalmente el protagonista de la novela de Argerich a su llegada a la Argentina, fueron parte del dispositivo de acogida de extranjeros implementado desde el Estado como parte de la política migratoria. Una vez agotado el tiempo para permanecer en sus instalaciones, en la mayoría de los casos los extranjeros se establecían junto a sus compatriotas conformando colectividades con gran peso identitario. Se hacía necesario favorecer una "convivencia adecuada" entre las diversas colectividades resultantes de la inmigración, que no sólo podían presentar potenciales problemas en razón de la interculturalidad, sino que también, en la medida en que de manera implícita o explícita interpelaban o exigían derechos sociales, se las había de concebir en términos de clase social.³

3 Laura Oliva Gerstner. "El alojamiento de inmigrantes en el Río de la Plata, siglos XIX y XX: planificación estatal y redes sociales", en *Biblio 3W Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol.XIII, nº 779, 25 de marzo de 2008.

La estigmatización del inmigrante

¿Inocentes o culpables? continúa con la descripción del progresivo ascenso social del protagonista, quien transita por numerosos oficios y emprendimientos hasta convertirse en el modesto titular de una fonda. Decide casarse y formar una familia, como devenir lógico de su mejor situación, y lo hace con Dorotea, hija de otros inmigrantes italianos de historia y posición equivalentes. Lo que sigue es una serie de desacuerdos en la pareja motivados por la “excesiva ambición” de la esposa por exhibir el ascenso social, ambición que se expresaba en el deseo de alquilar una pequeña casa –hasta el momento habitaban detrás de la fonda de Dagiore- y la obtención de artículos que, para el ámbito inmediato- podían considerarse de lujo.

Encontramos en la novela de Argerich referencias a los temas transversales a los debates políticos del momento y que circulaban tanto en los recintos parlamentarios como en la opinión pública a través de la prensa: la realidad cosmopolita, las diferencias y polarización sociales del momento; el problema de la vivienda; los tipos de oficios más comunes según nacionalidades; el aumento del consumo de artículos secundarios como consecuencia del aumento de la riqueza nacional en su conjunto, etc. Pero nos interesa destacar las reflexiones del autor, que van siendo introducidas en la extensión del texto como una especie de “sociología literaria” que va más allá de la mera obra artística y representan un propósito, tal como él mismo lo aclara inicialmente.

El nudo central de la obra –en especial en su capítulo tres- es el conflicto resultante de lo que el autor trata como una “anomalía”, esto es, el desplazamiento social ascendente representado en la ficción por la protagonista femenina, quien en su infancia “vagaba descalza y toda sucia en un conventillo” y en el presente sufría por el ansia de tener más bienes, aunque se encontrara ya “pisando alfombras, entre espejos y vistiendo seda”. Como vemos, la anomalía que condena Argerich se representa literariamente con la insatisfacción material del personaje de Dorotea, cuyas aspiraciones siempre se sitúan por encima de su realidad inmediata:

“Este salto brusco del proletariado a las altas esferas de la sociedad [reflexiona Argerich en el texto], trae perturbaciones graves y todo lo desequilibra. En ninguna parte se observan estas anomalías con mayor frecuencia que entre nosotros”.

El autor concluía provisionalmente que no existía un proletariado propiamente dicho, en tanto las familias y especialmente las hijas del “carnicero, el panadero, el almacenero, el albañil, etc.” –es decir, representantes efectivos de dicha clase social-, “visten, si no con las mismas telas, al menos con las mismas modas” -que las clases más altas. La trama final de la novela se direcciona hacia la constatación de lo

que su autor afirmaba en el prólogo, culminando trágicamente con el suicidio del hijo mayor de la pareja protagonista. Dicho acontecimiento respondía a la imposibilidad de escapar de esa corrupción que Argerich anticipaba -sobre la realidad que él interpretaba-, y no era más que una consecuencia lógica de un ascenso social anómalo, de las ambiciones propias de una clase social que no podía reconducir ese ascenso, e incluso de la ausencia de una educación religiosa, entre otros elementos que oscilan entre la sociología y la moral.

Otro italiano, su familia y sus redes sociales serían protagonistas de la novela titulada *En la sangre*, de Eugenio Cambaceres, publicada en 1887. De la misma manera que Argerich, Cambaceres se inscribía en el naturalismo, una corriente que había arribado a Argentina a partir de la influencia de las obras del escritor francés Émile Zola⁴, y que pretendía llevar adelante un proyecto de literatura realista basada en los datos sociales y problemas inmediatos, entre ellos, la inmigración⁵.

2. Los objetivos de Cambaceres

En su novela *En la sangre*, Cambaceres pretende mostrar el fracaso al que estaba predestinado su protagonista, Genaro, hijo de italianos nacido en un conventillo porteño. La concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos, paralelamente a una paulatina aunque continuada depreciación de los salarios y un aumento exponencial de trabajadores, tuvieron como consecuencia inmediata la escasez de viviendas populares a finales del siglo XIX. El estancamiento de la construcción habitacional destinada a los sectores trabajadores –no así la edificación de viviendas para la oligarquía- produjo un desequilibrio que implicó la proliferación de viviendas colectivas en condiciones de hacinamiento e indignidad. Hablamos de la extensión del “conventillo”, que fue la respuesta habitacional a dicha demanda en los grandes núcleos urbanos.

Su padre, que había llegado al país algunos años antes, también había tenido un duro comienzo como vendedor y reparador de ollas y recipientes de latón: “encorvado bajo el peso de la carga que soportaban sus hombros: tachero... gritaba con voz gangosa, ¿*componi calderi, tachi, señora?*”. El autor describe con crudeza los escenarios de la penosa vida de la familia, como la habitación del conventillo donde muere el padre y el entorno de la calle donde transcurre la infancia del joven Genaro; sus relaciones sociales y –nuevamente- su excesiva avaricia que se asemejaba a la de su padre, la cual constituía, como vemos, un tema común de la censura que recaía sobre los trabajadores

4 Noemí García y Jorge Panesi. “Prólogo a Eugenio Cambaceres”, en Eugenio Cambaceres. *En la Sangre*. Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2008, pp. 17-47.

5 Horacio Vázquez Rial. *La formación del país de los argentinos*. Buenos Aires, Ediciones B, 1999, p. 347.

La estigmatización del inmigrante

pobres extranjeros. Transcribimos algunos párrafos de la obra de Eugenio Cambaceres que dan cuenta de esta visión, pero también de esa realidad:

“Acá y allá entre las basuras del suelo, inmundo, ardía el fuego de un brasero, humeaba una olla, chirriaba la grasa de una sartén, mientras bajo el ambiente abrasador de un sol de enero, numerosos grupos de vecinos se formaban, alegres, chacotones los hombres, las mujeres azoradas, cuchicheando”.

“Arrojado a tierra desde la cubierta del vapor sin otro capital que su codicia y sus dos brazos, y ahorrando así sobre el techo, el vestido, el alimento, viviendo apenas para no morirse de hambre, como esos perros sin dueño que merodean de puerta en puerta en las basuras de las casas, llegó el tachero a redondear una corta cantidad”.⁶

Tanto desde los sectores dirigentes como desde la literatura y la prensa, se coincidía en la asociación peyorativa del conventillo con la mayor precariedad e indignidad posible asociada al inmigrante, y, como triste consecuencia, en la construcción de un estereotipo de sujeto que habitaba esa “olla podrida de las nacionalidades y las lenguas”, en palabras de Santiago Estrada, representante de sectores católicos cuya descripción ha sido repetidamente citada en numerosos estudios.⁷

El relato de Cambaceres continúa analizando la resistencia del padre inmigrante a que su hijo se educara, la que sería subsanada parcialmente por su madre, quien lo envía a la escuela: “lo haría salir vestido, sin que lo viese el padre, de noche, por el zaguán. Había una escuela a la vuelta: allí lo pondría al muchacho”. Pero el curso de las cosas se interrumpe con la repentina muerte del padre en las míseras condiciones descritas, aunque poco después la viuda y su hijo ya gozan de una posición relativamente cómoda gracias a la influencia de conocidos -de mejor posición social- que habían requerido alguna vez de los servicios domésticos de la madre. Genaro, que continuaba estudiando, se emplea como escribiente de un abogado y las aspiraciones familiares ascienden:

“[La madre] soñaba con hacer de su hijo un señor, un rico que anduviese, como los otros, vestido de levita. Y habíale dicho el

6 Eugenio Cambaceres. *En la sangre*. Buenos Aires, Imprenta de Sud-América, 1887, citas de p. 6 y p. 17.

7 Como por ejemplo, en Pérez Amuchástegui, *Crónica Histórica Argentina*. Buenos Aires. Editorial Codex, 1968, vol. V, p. 5-XXVIII; Noemí García y Jorge Panesi. “Prólogo a Eugenio Cambaceres”, en Eugenio Cambaceres. *En la Sangre*. Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2008, p. 22.

abogado que era Genaro inteligente, le había propuesto que lo dejara a su lado en el estudio ganando al mes quinientos pesos, le había aconsejado que matriculara al niño en la Universidad, que le destinase a seguir una carrera, a ser médico o abogado".⁸

Cambaceres presenta a su protagonista como un joven que crece en el resentimiento y el deseo de venganza, como consecuencia de ser un objeto permanente de burlas por parte de sus colegas más adinerados:

"¡No!, llegó a exclamar un día en un desesperado arranque de bestia acorralada. Él los había de poner a raya, los había de obligar a que se dejaran de tenerlo para la risa... les había de enseñar a que lo trataran como a gente... ¡Y ya que sólo en el azar del nacimiento, en la condición de sus familias, en el rango de su cuna, hacían estribar su vanidad y su soberbia, les había de probar él que, *hijo de gringo y todo*, valía diez veces más que ellos!..."⁹.

Fiel a esa consigna, Genaro se consagró al estudio y "dotado de la astucia felina de su raza"¹⁰, intentaría sustraerse a los designios que, según Cambaceres, estaban "en la sangre", a través del matrimonio como puerta de entrada a círculos sociales más altos, aunque, remarca, sin conseguirlo. El autor intenta mostrar el enfrentamiento entre dos sectores sociales del Buenos Aires del momento: el de los "nativos" criollos y aquél de los inmigrantes que conseguían labrar una modesta fortuna pero no podían sustraerse a la exclusión por parte de los primeros, los cuales percibían la presencia del extranjero como una "invasión". En este sector excluyente del extranjero con características como las de los personajes de *En la sangre*, podría situarse, según Vázquez Rial,¹¹ al mismo Cambaceres, de quien encontramos consideraciones racistas en toda su obra pero especialmente en la que aquí citamos. Cabe señalar que las cuatro novelas escritas por Eugenio Cambaceres son *Pot-pourri*, (1881), *Música sentimental* (1884), *Sin rumbo* (1885) y *En la sangre* (1887).

Hijo de un químico francés, Eugenio Cambaceres representaba de alguna manera uno de aquéllos tipos criollos de buena posición económica, mezcla de *dandy* e intelectual que están presentes como personajes en casi todas sus novelas a la manera de un "alter ego". Sus textos exhiben, además de una marcada xenofobia, una ironía a veces

8 Eugenio Cambaceres. *En la sangre*. Buenos Aires, Imprenta de Sud-América, 1887, pp. 41-42.

9 Eugenio Cambaceres. *En la sangre*. Buenos Aires, Imprenta de Sud-América, 1887, p. 65 (la cursiva es nuestra).

10 Eugenio Cambaceres. *En la sangre*. Buenos Aires, Imprenta de Sud-América, 1887, p. 73.

11 Horacio Vázquez Rial. *La formación del país de los argentinos*. Buenos Aires, Ediciones B, 1999, pp. 348-351.

La estigmatización del inmigrante

ingeniosa y autorreferencial, como puede leerse en los fragmentos que transcribimos a continuación. Se trata de las palabras previas a la edición de dos de sus novelas donde Cambaceres relata cómo había surgido su vocación de escritor:

“Para que uno contribuya, por su parte, a enriquecer la literatura nacional, me dije, basta tener pluma, tinta, papel y *no saber escribir el español*; yo reúno discretamente todos estos requisitos, por consiguiente, nada se opone a que contribuya, por mi parte, a enriquecer la literatura nacional”.¹²

A partir de la selección de dos de sus exponentes, se hace evidente de qué manera, apelando a la ficción, algunas obras de la literatura naturalista argentina de finales del siglo XIX configuraron un ámbito de enunciación en el cual se expresaron fundamentos “biologicistas y psicologizantes”, valores morales y perspectivas clasistas a la vez que discriminatorias sobre los inmigrantes, alimentando debates contemporáneos sobre una nueva sociedad que se estaba construyendo y transformando. Su análisis permite además acceder a las visiones construidas sobre el “otro” –un otro hasta el momento sin aparente poder-, pero que luego se extenderían y trascenderían este ámbito para volver a conformar un discurso y unas ideas sobre el orden y la argentinidad deseados. Pensamos aquí el poder en clave gramsciana y con relación a la cultura, concebida así como una forma de interpelación y acceso a la polis, en palabras de Eduardo Grüner, “una forma de intervención en el espacio público que construye, deconstruye y re-construye identidades sociales y sus relaciones relativas de poder”.¹³

Retomamos entonces esta idea de “disputa cultural”, ya enunciada en otro trabajo, donde se la vinculó a la relación entre la educación, la diversidad cultural y la cuestión social en el mismo período.¹⁴ El mismo sujeto que había sido caracterizado como incivilizado y carente de cultura (el indio, el gaucho, el criollo pobre), fue el mismo a quien no se permitió tener una incidencia positiva en el espacio político y que fue “invisibilizado”, reprimido, anulado. El nuevo sujeto social “a civilizar”, cuando el siglo XIX tocaba a su fin, sí comenzaría a intervenir en los ámbitos públicos y políticos. Se trataba de una clase obrera de características multiculturales que cuestionaba,

12 Eugenio Cambaceres. *Pot-pourri / Música sentimental*. Madrid: Hyspamérica, 1984, p. 12 (la cursiva es nuestra).

13 Eduardo Grüner. “¿Otro discurso sin sujeto? Apuntes sobre el poder, la cultura y las identidades sociales”, en *El Cielo por Asalto* N° 1. Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, Verano 1990/91, p. 163.

14 Laura Oliva Gerstner. “Educación, diversidad cultural y cuestión social en la Argentina a propósito de la ley de educación común de 1884”, en *Naveg@mérica, Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, Murcia, 2012, n° 8.

progresivamente, sus condiciones de vida, y por lo tanto, los fundamentos de la misma.

3. La nostalgia de una paz “criolla” en la gran aldea argentina

Nieto del autor del himno nacional argentino e hijo de un famoso historiador, Lucio V. López publicaba en 1882 su novela *La gran aldea. Costumbres bonaerenses*, donde describía el contexto social de Buenos Aires entre las décadas de 1860 y 1880. Dedicaba la obra a su amigo Miguel Cané, escritor y político a quien volveremos a mencionar. Si bien el tono de la novela difiere de las que comentamos anteriormente, López expresaba, sobre Buenos Aires, una nostalgia de esa “vieja ciudad”,¹⁵ ahora devenida “gran aldea”.

De corte autobiográfico, en *La gran aldea* López describe minuciosamente la forma de vida de la aristocracia porteña, a la cual critica en su pomposidad carente de ilustración. En un pasaje que ilustra con claridad esa perspectiva, López relata cómo, con motivo de la muerte de su tía, “todo el *faubourg Saint Germain* de Buenos Aires se presentó al día siguiente”, y transitó -con arreglo a la costumbre- hacia el cementerio de la Recoleta, lugar adecuado a una exhibición de esa categoría. Cabe adelantar que con la palabra “corso” el autor alude a la caravana o cortejo fúnebre. Se denominaba popularmente así a los desfiles de carnaval:

“El empresario fúnebre conoce los gustos de la gran capital, en los que prepondera la gran aldea: el convoy tiene que hacer corso en la calle de la Florida: no hay otra calle para ir a la Recoleta, y si a alguien se le ocurriera la idea de cambiar el itinerario, no sería difícil que el muerto o la muerta, siendo de la aristocracia, o sobre todo de la gran política, resucitara protestando contra la variación de la ruta”.¹⁶

David Viñas inscribe la obra de Lucio V. López dentro de lo que denomina “viaje estético”, con el cual se refiere al distanciamiento que este tipo de autores pretendía establecer con la realidad que lo circundaba, la de una ciudad argentina que “se va tornando imposible: olores, chimeneas y gringos”. Desde estas apreciaciones, Europa parecía un buen refugio aunque no lo era tanto, ya que los impactos de la segunda revolución industrial la hacían semejante social y estéticamente. Habitados al *grand tour* -los largos viajes por Europa que realizaba la aristocracia nacional habitualmente- los representantes

15 Horacio Vázquez Rial. *La formación del país de los argentinos*. Buenos Aires, Ediciones B, 1999, p. 46.

16 Lucio Vicente López. *La Gran Aldea. Costumbres bonaerenses*. Buenos Aires, Biblioteca de *La Nación*, 1908.

La estigmatización del inmigrante

de la clase ilustrada argentina “museizaron” Europa como un ideal, en tanto la realidad no acababa de cumplir sus expectativas nostálgicas. La “torre de marfil” desde la cual contemplaban la Argentina, en muchas ocasiones se reducía a un parque parisino o el interior de la habitación de un hotel de lujo en alguna ciudad europea.¹⁷

Otra visión cargada de romanticismo y nostalgia es la que presentaba José Antonio Wilde en 1881, con la publicación de la obra *Buenos Aires desde setenta años atrás*. Aunque el título sugiere el inicio de la cronología en el comienzo del siglo XIX, el autor se remonta en ocasiones a la ciudad del siglo XVIII. Wilde se afirma en la necesidad de recuperar una “memoria social” sobre el tránsito de la sociedad colonial a la moderna que caracterizaba el final del siglo XIX, tal como explicita sobre el final de la obra, reflexionando sobre el alcance de los progresos y asumiendo una posición al menos escéptica sobre los mismos en relación a las tradiciones perdidas en el tiempo:

“Para muchos, la antigüedad no es sino un inmenso vacío, que nada enseña, que nada vale [...] que nada tenemos que aprender en el gran libro del pasado; que en la historia del mundo, el presente es la época más notable, más culminante; que, si nosotros no hubiésemos venido a él, todo sería obscuridad y atraso: que somos, en fin, los inventores de todo lo bueno, lo luminoso, y los reconstructores de todo lo que estaba desquiciado [...]. Para otros, a pesar de este asombroso adelanto, a pesar de nuestros telégrafos, máquinas, luz eléctrica, observatorios astronómicos, institutos de toda clase, civilización e inmenso progreso, muchas veces conviene hacer alto en la carrera vertiginosa, y volver atrás para ampararnos de alguna medida, alguna costumbre, alguna ley que imperaba, antes tal vez de nuestra emancipación, o aun de época más remota”.¹⁸

Anteriormente hemos mencionado a Miguel Cané, a quien Lucio V. López dedicara *La gran aldea*. Cané había nacido en Montevideo durante el exilio de su padre bajo el gobierno de Rosas, y es conocido a nivel literario principalmente por la obra *Juvenilia*, de 1884 donde recoge sus memorias como estudiante secundario en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Sería, en el nuevo siglo, el promotor de una ley que regularía la residencia de los extranjeros en Argentina, y que marcaría el fin de la apertura incondicional del país a la inmigración en un contexto convulsionado por los movimientos sociales y sindicales. Su literatura puede ser situada en la línea de López o Wilde por el intento

17 David Viñas. *Literatura Argentina y política: I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2005, p. 48 y pp. 52-54.

18 José Antonio Wilde. *Buenos Aires desde setenta años atrás*. Buenos Aires, Imp. y Estereotipia de *La Nación*, 1908, p. 381.

de recuperar en las letras un pasado singular de la Argentina, aquél que, en nuestra opinión, estaba asociado al bienestar de su propia infancia en una familia terrateniente marcada por la alta sociedad criolla pro europea.

El mundo urbano, en oposición al rural, representaba para algunos la pérdida de las tradiciones, la irrupción de lo foráneo y la popularización del espacio público y las costumbres antes reservadas a una clase. Por ello autores como Miguel Cané se esforzaban en idealizar el ámbito rural, pero esta idealización se construía, sin duda, a partir de la hacienda del terrateniente, y no del campo del gaucho. En este autor encontramos además una evocación de las clases populares tradicionalmente sometidas al servicio de la aristocracia, aquéllas que recordaba de su infancia en la obra *Tucumana*, que cita Horacio Vázquez Rial:

“¿Dónde, dónde están los criados viejos y fieles que entreví en los primeros años en la casa de mis padres? ¿Dónde aquellos esclavos emancipados que nos trataban como a pequeños príncipes?, ¿Dónde sus hijos, nacidos hombres libres, criados a nuestro lado, llevando nuestro nombre de familia, compañeros de juego en la infancia, viendo la vida recta por delante, *sin más preocupación que servir bien y fielmente?*... El movimiento de las ideas, la influencia de las ciudades, la fluctuación de las fortunas y la desaparición de los viejos y sólidos hogares, ha hecho cambiar todo eso. Hoy nos sirve un sirviente europeo que nos roba, que se viste mejor que nosotros y que recuerda su calidad de hombre libre apenas se le mira con rigor”.¹⁹

El texto es por demás elocuente. El *racismo de clase* de Cané hacia el extranjero evocaba, paradójicamente, aquél otro que Sarmiento, en sus palabras y acciones, había expresado con virulencia durante cincuenta años hacia las poblaciones autóctonas americanas. Lo popular, en Cané, tenía rasgos positivos cuando estaba claramente diferenciado por sus tareas y ámbito de inserción de los sectores sociales que él representaba y, por lo tanto, su animadversión hacia el masivo poblamiento de la Argentina por trabajadores proletarios extranjeros era evidente. A diferencia de otros personajes públicos, se resistía a la democratización de la participación política, sintiendo incluso “repugnancia por todas esas imbecilidades juveniles que llaman democracia, sufragio universal, régimen parlamentario, etc.”.²⁰

19 Miguel Cané, citado en Horacio Vázquez Rial. *La formación del país de los argentinos*. Buenos Aires, Ediciones B, 1999, p. 240.

20 Miguel Cané, citado en Horacio Vázquez Rial. *La formación del país de los argentinos*. Buenos Aires, Ediciones B, 1999, p. 340.

La estigmatización del inmigrante

Carlos Pellegrini fue uno de los personajes públicos que había tomado posición en este tema a favor del voto de los extranjeros, comparando las realidades, tanto norteamericana como argentina, cuando analizaba la integración efectiva de los inmigrantes y su consecuente participación política en los Estados Unidos. El éxito en la integración había sido posible gracias a la nacionalización masiva de inmigrantes promovida por los gobiernos de aquél país. El cosmopolitismo norteamericano resultante de la inmigración europea se diferenciaba del argentino por la participación que habían alcanzado las colectividades extranjeras dentro del sistema político. Pellegrini, presidente de la Nación entre 1890 y 1892, había realizado viajes a los Estados Unidos en la década de 1880 y los repetiría en las dos décadas posteriores. En sus *Cartas norteamericanas*, relataba la fascinación que le había producido la “vivencia pacífica y carácter laborioso” de las colectividades que habitaban en las grandes metrópolis del norte.

“Una parte de la población cosmopolita de Nueva York se ha concentrado en agrupaciones de distintas nacionalidades, entre las que se distinguen especialmente los italianos y los chinos, probablemente debido a la más radical diferencia en raza, idioma, costumbres y religión [...] El Italian town y el China town ocupan barrios al sur, en la parte comercial de la ciudad. Atravesando el barrio italiano se atraviesa una ciudad de Nápoles o Sicilia, en algunos barrios de Buenos Aires. La clase de comercio e industria, la tonada nasal, los enjambres de pilluelos (mejor vestidos que los nuestros), todo nos recuerda y nos reproduce escenas de la Boca”.²¹

Afirmaciones similares realizaba el autor acerca de ciudades como Chicago, aún más cosmopolita que Nueva York, según sus palabras. De alguna manera reproducía el anhelo por una “armonía de las razas” como lo había expresado Sarmiento en referencia a la sociedad del norte, ese horizonte que la Argentina debía alcanzar, y que por el momento sólo se traducía en una situación de conflicto. La respuesta que Pellegrini esbozaba a la conflictividad cosmopolita argentina ya había sido anticipada por otros, entre ellos por Emilio Daireaux, quien en algunos escritos había atribuido la hostilidad que los nativos argentinos podían sentir hacia el extranjero, a los “privilegios de que éstos gozaban en suelo patrio”: el “privilegio” más mencionado era, por entonces, la exención de los mismos de realizar el servicio militar.²²

21 Carlos Pellegrini citado en Leandro Losada. *Esplendores del Centenario. Relatos de la elite argentina desde Europa y Estados Unidos*. Buenos Aires, FCE, 2010, p. 279.

22 A la posición crítica de Emilio Daireaux sobre la falta de integración de los extranjeros y sus posibles causas, expresada en algunos de sus escritos, nos hemos referido en Laura Oliva Gerstner. “Educación, diversidad cultural y cuestión social en la Argentina a propósito de la ley

La literatura de la década de 1890 continuó en la misma línea de pensamiento de los años precedentes, insistiendo en el rescate de un pasado caracterizado por la desigualdad social, pero con matices “más autóctonos”. Santiago Calzadilla, por ejemplo, autor de *Las beldades de mi tiempo*, publicado en 1891, realizaba este ejercicio evocativo a partir de la figura femenina, proponiendo como modelos deseables a las antiguas damas criollas o inglesas²³. Pero el objeto de su nostalgia era también el ámbito rural, y utilizó por ello significativamente la figura del gaucho –que también rechazaba– para oponerla al inmigrante. De manera similar a otros autores, hizo hincapié en una sumisión que se habría perdido, la del habitante rural pobre que trabajaba “desinteresadamente”, al contrario de los recién llegados que pretendían cobrar por las tareas que realizaban.

Es interesante observar cómo, a medida que transcurría el final del siglo XIX, la literatura iba incorporando una idea de “raza” (argentina), que puede verse en Calzadilla pero también en Cané. La búsqueda de una autenticidad que permitiera realizar distinciones claras dentro de una sociedad en transformación permanente, alcanzaría su plena formulación poco más tarde por medio del positivismo local, que buscaría sintetizar disciplinas como la biología y la sociología para entender la nueva Argentina, como podrá verse, por ejemplo, en el pensamiento y la obra de José Ingenieros.

Reflexiones finales

Lejos de pretender realizar un análisis literario, hemos considerado válido adentrarnos en el discurso emergente de algunas obras literarias que fueron en su momento representativas del imaginario oligárquico finisecular, el cual se vehiculizó, entre otros medios, a través de un tipo de literatura devenida campo de enunciación de valores estigmatizantes sobre la población extranjera, especialmente la inmigrante italiana y española afincada en entornos urbanos.

La antinomia “civilización o barbarie” no llegaría a desaparecer del todo en el contexto finisecular, más bien a ella se yuxtapondría la de “nativos o extranjeros”. Y dadas las características de la migración que arribó al Río de la Plata y sus posibilidades reales de inserción, pronto se volvieron a territorializar las controversias, con lo cual necesariamente se arribará a pensar lo urbano y lo rural como dinamizadores (o no) de estos procesos, y en un nivel más abstracto, una de las principales dicotomías emergentes sería la de nacionalidad versus cosmopolitismo. Esta controversia dio cuenta de la realidad sociocultural de finales del

de educación común de 1884”, en *Naveg@mérica, Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, Murcia, 2012, n. 8, p. 3.

23 Horacio Vázquez Rial. *La formación del país de los argentinos*. Buenos Aires, Ediciones B, 1999, p. 360.

La estigmatización del inmigrante

siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, cuando la diversidad de culturas de procedencia de los nuevos habitantes de la Argentina emergente exigió repensar todos los elementos intervinientes en dicho proceso: la distribución territorial de la inmigración, su presencia en el espacio público, el trabajo, la educación, las ideologías. Pero sin duda el signo predominante fue la “construcción de la otredad”, por la diferencia y la desigualdad. Finalmente, cabe señalar que nos parece adecuado tomar esta idea que desarrollan Arribas, Boivin y Rosato al pensar tres momentos de la teoría antropológica, donde la misma construye al otro por la diversidad, la diferencia y la desigualdad. Creemos que, más allá de las distancias disciplinares, esta idea de la construcción de un “otro” con bases en la diferencia y la desigualdad es útil para comprender los desplazamientos en la concepción de sujeto en contextos sociales de disputa cultural como el que aquí trabajamos a través de la literatura.²⁴

24 Mauricio Boivin, Ana Rosato y Victoria Arribas. *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*. Buenos Aires, Antropofagia, 2004 (tercera edición).